

y Panis, acompañando á los jóvenes marseleses, dijo á Rebecqui apretándole la mano: «Habeis comprendido mal; no se trata sino de una autoridad momentánea é insurreccional para dirigir y salvar al pueblo, y de ninguna manera de una dictadura. Robespierre es sin duda este hombre del pueblo».

Exceptuando esta conversacion, provocada por los amigos de Robespierre sin su conocimiento, como hemos dicho ya, y aceptada por los jefes marseleses, nada indicó en Robespierre la ambicion prematura de la dictadura, ni áun ninguna participacion directa en el movimiento del 10 de Agosto. La república era para él una perspectiva relegada en una lontananza casi ideal; la regencia le presagiaba un reinado débil y cien trastornos civiles; el duque de Orleans le repugnaba como una intriga coronada, y la Constitucion de 1791, lealmente practicada, le hubiera satisfecho á no ser por las traiciones que imputaba á la corte. La dictadura que ambicionaba para él era la dictadura de la opinion pública; la soberanía de su palabra no aspiraba á otro imperio, y todo movimiento convulsivo de las cosas podia perjudicarle.

LIBRO VEINTE.

Fermentacion.— Los marseleses y el ayuntamiento de Paris piden la destitucion del trono.— La corte se prepara á la resistencia.— La acusacion de Lafayette es rechazada.— Insulto á los diputados constitucionales.— Preparativos de los insurgentes.— Noche del 9 al 10 de Agosto.— Tócase á rebato.— Escenas íntimas entre los conjurados.— Angustias de la reina y de madama Isabel.— Descripcion de las Tullerías.— Enumeracion de las tropas.— Espíritu que las anima.— Posibilidad de rechazar á los insurgentes.

I

Sin embargo, la fermentacion crecia de hora en hora. Por todas partes se oía aquel murmullo sordo que presagia las catástrofes de los imperios, como las de la naturaleza. Lafayette decian que iba á marchar sobre Paris. El viejo Luckner habia confiado este proyecto á Guadet en una comida en casa del obispo Gobel. Advertido del peligro de esta confianza, Luckner se retractaba. Los federados acumulados en Paris rehusaban salir, pretextando las traiciones manifiestas de los generales aristócratas á cuyas órdenes se les mandaba, no á la victoria, sino á la muerte. Dumouriez habia recibido la orden pérfida de levantar su campo y de abrir de este modo el acceso de la capital á los austriacos, pero su patriotismo no le permitió obedecerla. En el palacio se hacian secretamente preparativos de ataque y defensa; los aposentos interiores del rey estaban llenos de nobles y de emigrados que habian regresado. El estado mayor de la guardia nacional conspiraba con la corte. El Carrousel y el jardin de las Tullerías era un campamento; el palacio, una fortaleza pronta á vomitar la metralla y el incendio sobre Paris. El suelo mismo del jardin de las Tullerías era mirado por el pueblo como una tierra maldita en que estaba prohibido poner el pié á los buenos ciudadanos. Entre la plataforma de los Fuldenses y el jardin habian extendido una cinta tricolor con esta inscripcion amenazadora: «¡Tirano, nuestra cólera pende de una cinta, tu corona pende de un hilo!»

Las secciones de Paris, estos clubs legales, estos fragmentos incoherentes de las municipalidades, trataron de adquirir alguna unidad para hacerse más imponentes y más temibles á la Asamblea y á la corte. Petion organizó en la casa de la ciudad una oficina de correspondencia general entre las secciones; se redactó en su nombre una proclama al ejército, que no era sino una provocacion al degüello de los generales. «No es contra los austriacos—decian á las tropas—contra quienes Lafayette quisiera conducirnos, sino contra nosotros; con la sangre de los mejores ciudadanos es con lo que él quiere regar el pavimento del palacio real, á fin de complacer á esa corte insaciable y corrompida; pero nosotros le vigilamos y somos fuertes. En el momento en que los traidores quieran entregar nuestras ciudades al enemigo, los traidores habrán desaparecido, y nosotros pereceremos envueltos en las cenizas de nuestras ciudades.»

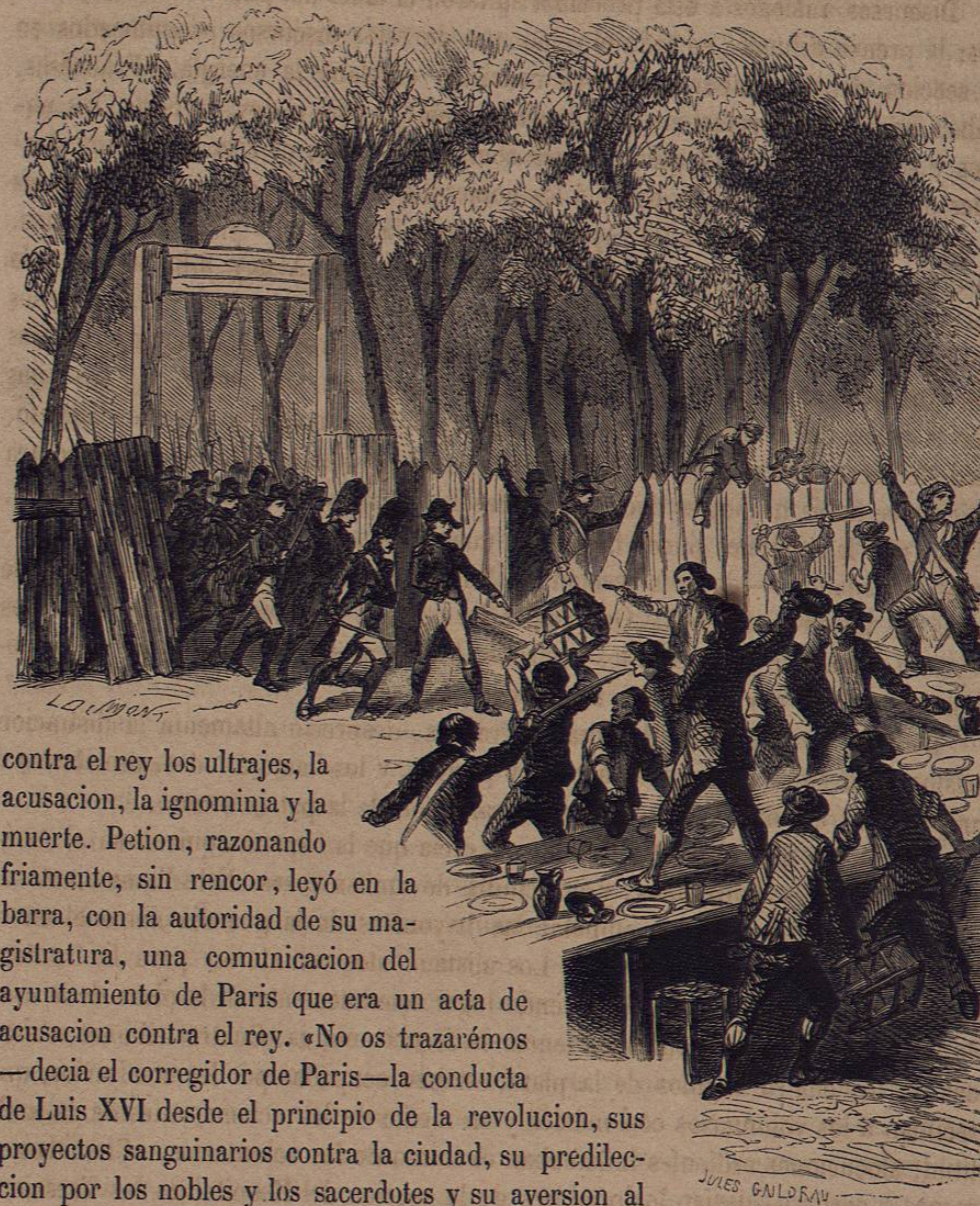
Discursos análogos á esta proclama agitaron el alma del pueblo en las secciones; la prensa difundió en todo el reino uno de estos discursos pronunciados en la seccion del Luxemburgo, y cuya concision revelaba la energía. «Franceses, habeis hecho una revolucion; pero ¿contra quién? Contra el rey, la corte, los nobles y sus partidarios. ¿A quién habeis confiado la suerte de esta revolucion despues de hecha? Al rey, á la corte, á los nobles y á sus partidarios. ¿A quién haceis la guerra en el exterior? A los reyes, á las cortes, á los nobles y á sus partidarios. ¿A quién habeis puesto á la cabeza de vuestros ejércitos? Al rey, á los nobles, á la corte y á sus cómplices. Y bien, deducid de esto la consecuencia: ó el rey, los nobles y los intrigantes que están á la cabeza de vuestros negocios y de vuestros ejércitos son todos unos Brutos que sacrifican sus padres, sus hermanos y sus hijos por la salud de la patria, ú os hacen traicion.» La conclusion de este discurso, fácil de sacar, era que no se debía confiar una revolucion á los hombres contra quienes se habia hecho; es decir, que todas las semirevoluciones son quiméricas, y que sólo la república puede hacer una guerra sincera á la monarquía. «Levantaos, ciudadanos, — decia la seccion de Mauconseil. — Un tirano despreciable se burla de nuestros destinos. ¡Que caiga! La opinion sólo forma la fuerza de los reyes. Y bien, que la opinion los destrone. Declaremos que nosotros no reconocemos á Luis XVI por rey de los franceses.»

Danton, en la seccion del Teatro Frances, despreció altamente la distincion aristocrática entre ciudadanos activos y pasivos, y los llamó á todos, proletarios ó propietarios, á tomar las armas para la salvacion de la patria común.

Más lógico que Lafayette, Danton no creia que la riqueza equivaliese al nacimiento entre los ciudadanos, y prescindia de ambas cosas. Este llamamiento al derecho y al número debía embotar las bayonetas de la guardia nacional en el bosque de picas de los federados. Los alistamientos voluntarios para la frontera se hicieron con más actividad, teniendo lugar solemnemente en la plaza de la casa de la ciudad. Estos alistamientos tenian la forma antigua. Cuatro tribunas, elevadas en los cuatro ángulos de la plaza, estaban ocupadas por los comisarios, que recibian á los voluntarios con música y en medio de las aclamaciones de la multitud; alocuciones ardientes inflamaban el ánimo de los voluntarios. «Ciudadanos, vamos á partir, — decian los oradores de la seccion del Hospital de los Trescientos; — estais cerca del timon, vigilad al piloto; vale más echarlo al mar que vigilar la tripulacion. El siglo XIX se acerca, y ojalá á esta época de 1800 todos los habitantes de la tierra ilustrados y libres dirijan á Dios un himno de reconocimiento y de libertad. Pedid aún á Luis XVI si quiere tomar parte en esta fiesta universal; le reservaremos el primer puesto en este banquete. Si él lo rehusa, ¡adios! nuestras mochilas están prontas, y nuestro mensaje es la luz que precede al rayo.»

La repercusion de estas convulsiones exteriores se hacia sentir en los Jacobinos, en los Franciscanos, y hasta en la Asamblea. Las sesiones se pasaban en ver desfilar las diputaciones y en oír discursos. Los marseleses, en número de quinientos, fueron á declarar por el órgano de su orador que el nombre de Luis XVI no les recordaba sino traiciones, y pedian la acusacion de los ministros y la deposicion del rey. «El pueblo se ha levantado, — gritó el orador de los federados, — y os pide una respuesta categórica. ¿Podeis salvarnos, sí ó no?»

Isnard, en un discurso acalorado como las vociferaciones de la cólera, lanzó



contra el rey los ultrajes, la acusacion, la ignominia y la muerte. Petion, razonando friamente, sin rencor, leyó en la barra, con la autoridad de su magistratura, una comunicacion del ayuntamiento de Paris que era un acta de acusacion contra el rey. «No os trazarémos — decia el corregidor de Paris — la conducta de Luis XVI desde el principio de la revolucion, sus proyectos sanguinarios contra la ciudad, su predileccion por los nobles y los sacerdotes y su aversion al pueblo; al Asamblea constituyente ultrajada por los servidores de la corte, atacada por hombres armados, errante en medio de una ciudad real, no teniendo más asilo que un juego de pelota. ¡Cuántas razones no tendríamos para separarle de un trono en el momento en que la nacion fuese dueña de disponer de él! Nosotros se lo dejamos, nosotros unimos á esta generosidad todo lo que puede realzar, fortificar y embellecer este mismo trono. El ha vuelto contra la nacion todos estos beneficios, se ha rodeado de nuestros enemigos, ha separado á los ministros ciudadanos que poseian nuestra confianza, y se ha ligado con esos emigrados que meditan la guerra exterior contra nosotros, con esos sacerdotes que conspiran en el interior la guerra civil. Ha detenido nuestros ejércitos prontos á invadir á Bélgica, y es el primer eslabon de la cadena contrarevolucionaria. Ha traído á Piltitz en medio de Paris, su nombre lucha con el nombre de la nacion, y ha separado sus intereses de los de su pueblo. Separémonos, pues, de él. Os pedimos su destitucion.»

Choque entre los marseleses y la guardia nacional en el banquete de los Campos Eliseos. — Pág. 456.

En la sesión del 5 de Agosto, Guadet leyó varias peticiones de los departamentos, que concluían como la de Petion, demandando la destitución del rey. Vaublanc protestó con valor contra estas peticiones inconstitucionales y contra la opresión que la tribuna y los peticionarios ejercían sobre la libertad de los representantes de la nación con sus insultos y amenazas. Condorcet justificó los términos de la petición del ayuntamiento de París sobre la destitución, y apeló como Danton al pueblo contra los ricos. Los federados anunciaron que habían tomado la determinación de sitiar el palacio de las Tullerías hasta que la Asamblea hubiese pronunciado la caducidad del trono.

II

La corte, sin embargo, velaba; los ministros pasaban las noches en palacio con algunos oficiales municipales con sus fajas, para dar un carácter legal á la resistencia. Rumores de fuga circulaban por el pueblo, y el ministro del Interior los desmintió por medio de una nota oficial. Se esparció con profusión un escrito que decía: «Esta noche á eso de las dos, el rey, en traje de paisano, ha salido de palacio y se ha dirigido hácia el puente levadizo, siguiendo la grande avenida de las Tullerías. La estatura del rey no permite equivocarse, y el centinela le ha conocido en seguida y ha llamado á las armas. El príncipe fugitivo ha vuelto á toda prisa hácia palacio, y ha escrito al corregidor, que se ha presentado al momento. El rey le ha contado á su manera el acontecimiento, que segun él se reducía á dar un paseo. Se dice que Mr. de Larochevoucauld le esperaba para conducirle á paraje seguro». El ministro atestiguaba que el rey no había salido de palacio durante la noche, y que su permanencia sería justificada por los oficiales municipales, á quienes el anuncio de una agresión nocturna había detenido cerca del rey en el momento mismo en que se señalaba su evasión.

El 6, la noticia del asesinato de cuatro administradores en Tolon consternó de nuevo á la Asamblea. En seguida se discutió si había lugar á la acusación de Lafayette. La comisión extraordinaria nombrada para informar sobre este asunto concluyó por la acusación. Vaublanc justificó al general, diciendo: «Si hubiera tenido proyectos ambiciosos ó criminales, habría pensado entonces como Sila, César ó Cromwell en fundar su poder en victorias. Cromwell fué á la tiranía apoyándose sobre la facción dominante, Lafayette la combate; Cromwell formó un club de agitadores, Lafayette aborrece y persigue á los agitadores; Cromwell hizo decapitar al rey, Lafayette defiende el trono constitucional».

Brissot, acusado con tanta frecuencia en los Jacobinos de complicidad con Lafayette, quiso luchar en popularidad con Robespierre y sus amigos, sacrificando á Lafayette á sus sospechas. «Yo le acuso,—exclamó;—yo, que fui su amigo, le acuso de haber dirigido nuestro ejército como si estuviese de acuerdo con la casa de Austria. Yo le acuso por no haber vencido. Yo le acuso por haber consumido el tiempo en hacer escribir y firmar peticiones á sus tropas. Yo le acuso por haber abandonado á su ejército delante del enemigo. Yo le acuso de haber aspirado á ser el árbitro de Francia.» El decreto de acusación fué rechazado por una fuerte mayoría.

Al salir de la sesión, Vaublanc, insultado, perseguido y golpeado por el pueblo, tuvo que buscar un refugio en uno de los puestos de la guardia nacional. El pue-

blo ya no quería legisladores, sino aduladores. Girardin y Dumolard sufrieron los mismos ultrajes; un federado penetró con Dumolard hasta el cuerpo de guardia, golpeó como un loco en la mesa y declaró al valiente representante que si volvía á la sesión, le cortaría la cabeza de un sablazo. Estos hechos, referidos al otro día en la Asamblea, suscitaron la indignación de los constitucionales, la sonrisa de los girondinos y los silbidos de las tribunas. Girardin declaró que el día anterior, al salir de la sesión, había sido golpeado. «¿En qué sitio?»—le preguntaron irónicamente. «¿Se me pregunta en qué parte he sido golpeado?—repuso con animosa indignación Girardin.—¡Por detras! ¡Los asesinos no lo han hecho nunca de otro modo!» Esta palabra hizo que se le respetase de nuevo. El valor es la principal elocuencia, porque es la elocuencia del carácter; Girardin la poseía en el más alto grado: educado por Rousseau en Ermenonville, tenía la agudeza de Voltaire; nadie arrojó como él las pasiones brutales de la muchedumbre en estos tiempos de furor, y se hizo perdonar tanta audacia merced á su gran talento.

El mismo día, doce hombres armados se presentaron en casa de Vaublanc, forzaron la puerta, le buscaron inútilmente por toda la casa, y dijeron al retirarse que si este orador volvía á subir á la tribuna, le matarían cuando bajase de ella. Vaublanc subió la misma noche para denunciar estas tentativas de intimidación. Hombre de ánimo recto, con una voz fácil y sonora, y de una intrepidez propia de los tiempos antiguos, si no tenía la elocuencia de un orador de primer orden, tenía al ménos la abnegación de un ciudadano. Luchaba solo, y siempre era vencido cuando lo hacía contra los girondinos. «Yo desafío toda violencia—decía—que nos haga faltar á nuestro juramento á la Constitución. Yo no creo que la imaginación más bárbara pueda figurarse los tratos indignos de que algunos colegas nuestros han sido ayer víctimas... Y qué,—añadió—si uno de vuestros embajadores fuese ultrajado por una corte extranjera, ¿no sacaríais la espada para vengar á Francia insultada en él? ¿Sufriréis que á los representantes de Francia soberana y libre se los trate en el suelo patrio como no lo serían en Austria ó Prusia?»

Grangeneuve é Isnard justificaron á Petion por su impotencia y acusaron á los aristócratas de ser los instigadores de estos excesos. Guadet hizo la moción risible de que se preguntase al rey si tenía medios de salvar el orden público y de proteger el imperio. Las risotadas y los aplausos de la izquierda indicaron á Guadet que se le había entendido. Røederer, procurador síndico del departamento, mandado comparecer en la barra, no disimuló el peligro público, y anunció que la campana de rebato debía tocar por la noche en los cuarteles de la insurrección; habló de las providencias que se habían tomado, y dijo además que las fuerzas con que se contaba eran insuficientes para resistir al movimiento. Petion, citado también, siguió á Røederer, y justificó la dependencia á cuyo frente estaba, acusando al departamento; insinuó que la división existía entre los ciudadanos mismos llamados para defender el orden, y ocultó su complicidad con los girondinos con palabras ambiguas que podían tener un sentido diferente, segun á quien fuesen dirigidas. Los girondinos comprendieron estas palabras como un estímulo á su empresa, y los constitucionales como una confesión de impotencia. La Asamblea no decidió nada.

Durante esta indecisión calculada del ayuntamiento y los girondinos, un directorio secreto conocido de Petion, y que él mismo confesó haber preparado mucho tiempo antes el plan de la insurrección del 10 de Agosto, se agitaba en la oscuridad.

En París había un comité central compuesto de cuarenta y tres jefes de los federados de esta ciudad y de los departamentos, reunidos bajo los auspicios y en el recinto de los Jacobinos para concertar entre ellos la dirección que se había de dar á los movimientos. Este era el cuártel general de aquel campamento de la revolución; demasiado numeroso para que en sus reuniones hubiese el misterio y la unidad necesarias en las conjuraciones, este comité escogió en su seno un directorio ejecutivo y secreto, compuesto de cinco miembros de una capacidad y de una decisión conocidas, al cual se le encargó de la dirección de lo que se resolviese y de los preparativos necesarios al intento, cuyos cinco miembros eran: Vaugeois, vicario del obispo de Blois; Debessé, federado del Drome; Guillermo, profesor en Caen; Simon, periodista en Strasburgo, y Galissot de Langres. Estos se unieron en seguida á los directores del movimiento en París, que tenían con anticipación los hilos de la agitación en los diferentes cuarteles de la capital, y á los principales demagogos de los arrabales. Eran éstos el periodista girondino Carra, Fournier el Americano, Westermann, Kieulin el Alsaciano, Santerre, Alexandre, Lazowski, polaco naturalizado en Francia por su fanatismo republicano; Antonio de Metz, antiguo miembro de la Asamblea constituyente; Lagrey y Garin, electores de 1789.

III

La primera sesión de este directorio se tuvo en una taberna de la calle de San Antonio, titulada *El Sol de Oro*, cerca de la Bastilla, en la noche del jueves al viernes 26 de Julio. Gorsas, redactor de *El Correo de Versalles* y uno de los jefes de la columna que había salido el 6 de Octubre para traer al rey á París, unido después con los girondinos para detener el movimiento que había acelerado, compareció á las dos de la madrugada en la taberna para hacer prestar á los conjurados el juramento de morir ó conquistar la libertad. Fournier el Americano llevó una bandera con esta inscripción: *¡Ley marcial del pueblo soberano!* Carra fué desde allí á casa de Santerre á recoger quinientos ejemplares de un cartel que no contenía más que estas palabras: *¡Mueran los que tiren contra las columnas del pueblo!*

La segunda sesión tuvo lugar el 4 de Agosto, en *El Cuadrante Azul*, en el baluarte de la Bastilla. Camilo Desmoulins, agente y pluma de Danton, asistió también á aquel conciliábulo. A las ocho de la tarde, los conjurados, no habiendo resuelto nada, se fueron para adquirir más amplias noticias á la habitación del exconstituyente Antoine, calle de San Honorato, frente á la iglesia de la Asunción, en la misma casa que habitaba Robespierre. Madama Duplay, sectaria acérrima de las ideas de éste, temiendo ver comprometida la vida de su huésped por un conciliábulo que designaría su casa como un foco de insurrección, subió á medianoche á ver á Antoine, y le preguntó enfadada si quería hacer degollar á Robespierre. «¡No tenemos otra cosa que hacer que pensar en él!—respondió Antoine.—Que se oculte si tiene miedo. Si alguno ha de ser degollado, seremos nosotros.»

Carra escribió por sí mismo en casa de Antoine el último plan de insurrección, la marcha que debían seguir las columnas y el modo de atacar el palacio. Simon de Strasburgo trasladó este plan enviando á medianoche copias de él á Santerre y á Alexandre, comandantes de los arrabales. Estando mal preparada la sublevación,



Alistamientos en la plaza del Hotel de Ville.
Pág. 460.

fué preciso diferirla hasta el 10. En fin, la noche del 9 al 10, los miembros del directorio se subdividieron en tres centros insurreccionales y se reunieron en tres sitios diferentes y á la misma hora, á saber: Fournier el Americano con Alexandre, en el arrabal de San Marcelo; Westermann, Santerre y otros, en el de San Antonio; Carra y Garin, en el cuartel de los marseleses, en la habitación misma del comandante, donde deliberaron en presencia de la tropa. También tenían lugar al mismo tiempo otras reuniones de realistas para concertar la salvación del rey, á pocos pasos de distancia de estos conciliábulos. Un emisario de una de estas reuniones contrarrevolucionarias, encargado de unos papeles importantes, equivocó la puerta, entrando en la casa donde los republicanos conspiraban; se reconoció el error al abrir los pliegos que aquél llevaba. Carra propuso que se asesinasen al mensajero á fin de conservar el secreto de la conjuración republicana que la casualidad le había descubierto; pero un crimen aislado era inútil en el momento en que el toque de rebato iba á revelar la conspiración á todo un pueblo.

La campana sonó en efecto en algunas torres de los cuarteles más excéntricos de París. Una página de íntima confianza arrancada á los recuerdos de la joven esposa de Camilo Desmoulins, Lucila Duplessis, y manchada con la sangre de esta víctima, ha conservado á la historia las impresiones ingenuas y siniestras que los